

El baile de Minería*

México se civiliza.

Baile presidencial en un elíseo improvisado, celebra de una manera digna el cumpleaños del general Díaz la noche del 16. Nos ponemos a la europea.

Si el cambio iniciado siguiera en ese sentido, debíamos felicitarnos. Reformar costumbres con diversiones regias es síntoma de cultura.

Unida al aniversario la fiesta de la Patria, en celebración ha indicado el notable avance en que nos encontramos. ¡Qué diferencia con otros años! Fuegos de artificio más o menos buenos, serenata al aire libre y verbena popular era el programa obligado de entonces. Ahora fue una recepción de etiqueta. Telas, perfumes, hermosura. ¿Puede haber conjunto más encantador? ¿Puede desearse algo más atractivo, que más subyugue, que más enamore?

Tanto se habló en contra de la *soirée* que no parecía sino que se invitaba para una catástrofe. Más que amigos personales del presidente, los caballeros que invitaron se les hubiera podido creer feroces nihilistas. El público, siempre cándido, creyó a pie juntillas lo del hundimiento y se entregó a horripilantes comentarios acerca de un siniestro tan espantoso como imaginario.

* Federico Gamboa, *La Coccardière*, "El baile de Minería", *El Diario del Hogar*, año VI, núm. 3 (19 de septiembre de 1886): 1-2.

Para tranquilizar a tanto timorato vino la prueba y después de ella, la calma y después el alboroto y la consecución de invitaciones, tardía e inoportuna; y el asalto de tiendas, asedio de sastres y modistas, sitio a zapaterías, consultas a *La Moda*, paseo de joyas, de clacs, sueldos adelantados, quincenas empeñadas, sablazos certeros, extracciones, compromisos, préstamos, disgustos, insomnios, inapetencias, ilusiones, esperanzas, desengaños, desaires, risas y lágrimas. Lo esencial era ir al baile. Así es el mundo.

Por aparentar cada cual en su esfera, todo se sacrifica, todo se olvida, todo se pierde.

Pero en lugar de encontrarse en Minería la fúnebre colección de ataúdes que se suponía, llamó la atención el gusto en los adornos, la distinción de los invitados y la amabilidad de las comisiones.

Convertido el espacioso patio en primorosa gruta, una conveniente semioscuridad dejaba ver vagamente inmensa cantidad de plantas que bordaban las entarimadas callecillas y que ocultaban entre heno y trepadoras las muchas pilastras de madera que sostenían el salón.

La ancha y majestuosa escalera del edificio por sí sola notable, fue de lo predilecto en el ornato.

A la izquierda de la meseta se encontraba el guardarropa, donde a la vez que el número de orden, se recibían las etiquetas, trabajo litográfico de las Oficinas del

Timbre, conteniendo el retrato del general Díaz, la lista de los comisionados, las piezas de baile y el *menú de buffet*.

En el lienzo que hace frente al corredor de entrada, peñas y riscos artificiales fingían desde las alturas bullidoras cascadas, que desaparecían entre el húmedo césped. En el centro, una pequeña fuente de agua natural hacía con su ruido completa la ilusión; y en el fondo un retrato del libertador Hidalgo, y abajo el de unos sargentos de las tres armas, y rurales sosteniendo una bandera. La bóveda estaba velada por listones tricolores que, partiendo de un centro, formaban una estrella gigantesca.

En el último tramo unas niñas vaporosamente vestidas y de pie a cada cuatro peldaños, daban una guardia angelical.

Todos los pasamanos en sus barandales ostentaban escudos, formados con relucientes sables.

Los cuatro corredores eran otros tantos *parloirs*, con cómodos asientos en su alrededor.

El salón, defendido de las inclemencias del tiempo -que estuvo bien clemente- por una vela tricolor que tenía tres entradas: una al desembocar la escalera y dos laterales. Espejos, elegantes cortinas, macetas con cuidadas flores y focos de luz eléctrica dejaban propio y completo ese local, en el que además figuraban riquísimos bronces.

Un comedor oficial, uno para los de la prensa y otro para el resto de invitados prometían dejar satisfecha la necesidad poco poética, pero pensable, de comer.

A las diez y media se presentó el señor presidente, saludándolo con el Himno Nacional. Vestía de uniforme.

El paso de los invitados por la escalera y corredores, su entrada al salón, la variedad y riqueza de los uniformes diplomáticos y militares hacía pensar en las fiestas dadas en París, cuando el Segundo Imperio. Empezó el baile con una danza extraordinaria.

La banda de Zapadores y la orquesta típica se alternaban, tocando ambas escogidas repertorios. Waldteufel, Strauss, Capitani, Ríos, Pomar, Lecocq hacían volar las horas con sus bien interpretadas producciones.

La extensión del salón hacía muy difícil el acercarse a obtener alguna pieza. Las presentaciones se multiplicaban.

A distancia se contemplaban hechiceros rostros, sonrisas adorables, miradas peligrosas, atrevidos escotes, faldas vaporosas, pies diminutos, valiosos medallones y *dormilonas* capaces de despertar a un muerto.

Para poder recorrer el salón se necesitaba un servicio esmerado de tranvías con correspondencia. Se extrañaban los ómnibus, cualquier vehículo que disminuyera la lejanía, que era un tormento para las mamás.

Era indispensable, al ir a bailar, informarse antes del rumbo donde estaba la pareja, pues ignorándolo, en sólo la busca se perdía la pieza.

Se hacía necesario familiarizarse con la idea de que tanta hermosura reunida no era un agradable sueño de

apasionado adolescente, para evitar la tierna impresión que a la vista de cada una de ellas se experimentaba. Si es cierto que el célebre Nerón dijo que alguna vez hubiera deseado a todo el género humano con una sola cabeza para cortársela, imitándolo, algo habría dado porque las gracias de todas las muchachas las hubiera tenido una sola; la robaría, aunque me aseguran que todas las legislaciones penales del universo se ensañarían contra mí por audacia semejante.

Pero qué menos podía hacerse si las había para todos los gustos, por exquisitos que fueran. Por eso yo, que en materia tan delicada soy ecléctico, optaría por ese medio.

Acudían temores y sonrojos de atravesar por donde se encontraban. Ese ruido tan peculiar de las mujeres bonitas me produce un trastorno indecible.

Cuando miro muchos abanicos encubriendo traidores amorosas confidencias, ocultando rubores y sofocando risas, semejar con su vaivén el de desconocido y perfumado insecto, me dan ganas de ocupar por algunos momentos siquiera el puesto de alguna varilla, para ser testigo mudo de esas narraciones color de rosa saliendo al tibio calor de una boca de 15 años. ¡Si fuera posible! Me había de estar muy quietecito, y eso que el movimiento de columpio me marea.

Por todas partes en esa memorable noche se escuchaban cuchicheos francos, de amigas verdaderas. Es como más me encanta la mujer, cuando se cree sola con un pecho hermano a quien decir esas pequeñas historias de

enamorada en que cada contrariedad da vida a un aliciente, cada disgustillo un placer por la reconciliación consiguiente y cada triunfo un mundo de azules y castísimos ensueños. Sáquesela de ahí y cambia en un momento. Las madres por el temor natural, y los conventos por rutina, hacen aparecer a los hombres como parientes en línea recta del judío errante, achacándonos más defectos de los que por la época y por instintos nos adornan. Así se explica esa desconfianza que vacila con la simpatía, concluye con el amor y no se vuelve a recordar con el matrimonio.

¡Dichosos los que tienen novia! Cada baile en que me encuentro no hace más que despertarme una sincera envidia por las parejas arregladas, que es lo que abunda en tales sitios. Las sigo, procurando no ser notado, para ver si puedo robar un poco de la ajena ventura. Pero son egoístas; se hablan muy bajo, como si temieran ser oídas y confirmando lo que dijo Bécquer: “se pueden besar con la mirada”. Y vaya el padre más quisquilloso a reñir por un beso, no por invisible menos entusiasta; ni lo sospechan: sólo un alma que ame los comprende.

Yo hablaría de los trajes si entendiera y la elegante *Titania* con su delicada pluma no se ocupara de ellos. También citaríá algunas personas. Pero vaya usted a hacerlo cuando la Política, la Diplomacia, la Banca, la Hermosura, el Comercio, la Literatura, la Milicia tenían allí todos sus mejores representantes. Baste decir que después de la cena

oficial se retiró el presidente con su señora, imitándolo algunas familias principales.

Para mencionar a las señoritas como se merecen, sería forzoso reunir los adjetivos encomiásticos de todos los idiomas *vivos*, en uno solo y especial. El español, con ser tan rico, no es bastante.

Se habla de una repetición, y es de felicitarse. Aconsejo se aleccione a un dependiente que, no conociendo a los periodistas, tenía que acudir a los editores para enojosas identificaciones.

Me dicen que, con motivo de las distancias, se registraron varios chascos.

—Hubo señoras extraviadas.

La Cocardière